

Caras de la alienación

Oscar Sotolano
oscarsotolano@yahoo.com

Tres amigos se reúnen en un bar. Uno dice que el fin de semana se quedó trabajando en la empresa que lo emplea. “Estoy trabajando quince horas al día. Incluso sábados y domingos. ¡Estamos en un momento bárbaro. En plena expansión!”, afirma exultante. “¡Vos estás completamente alienado!, ¡¿Cómo vas a trabajar esas horas por el sueldo de mierda que te pagan?!”, lo increpa el segundo, “¿Supongo que te habrán aumentado?”, ironiza, pero como si eso bastara para justificar su entusiasmo. “¡Ojalá yo pudiera estar un poco (más no sea un poquito) alienado!”, intercede el tercero, “Hace un año que no consigo trabajo de nada”, remata.

Introduzco el tema vía esta ficción pues deseo ubicar el problema de la alienación en el territorio vivo de nuestros discursos actuales y cotidianos. Es que si en el campo militante o académico se discute si el concepto de alienación tiene o no vigencia; si sustituirlo por el de ideología, fetichismo o praxis; si las palabras alemanas que Marx usa para aludir a ella (*Entfremdung* -a veces traducido como extrañación o extrañamiento- o *Entäusserung* -específicamente como alienación-) no marca la primacía de aquel sobre éste; éstos entre otros debates; me parece también central ponderar dicha vigencia por cómo el término perdura en el discurso social. Su insistencia nos obliga a sostenerlo, tanto porque lo legitima, como porque muestra así intacta su estructural tensión enigmática. Sobre todo cuando un debate de actualidad lo ha echado de facto al arcón de los recuerdos. Hablo de lo que se ha dado en llamar "crisis del paradigma del trabajo", sea a partir de la gigantesca expansión de la robótica, como de la masa en geométrico crecimiento de “excluidos” que dicha expansión, *en las condiciones del capitalismo*, genera. Hoy no es la alienación del trabajo la cuestión a resolver, se afirma, sino el trabajo mismo. Así parece indicarlo nuestro tercer protagonista en el bar al vocear su desesperanza de desocupado. Si la categoría de trabajo ha sido puesta en caución, lógico será que la de alienación lo sea, en tanto que, desde Marx (y es a partir de él que el concepto ganó su lugar), trabajo y alienación son términos soldados como caras de una moneda. Desde *Manuscritos de 1844* hasta la resignificación teórica que *El capital* implicó, pasando por *Miseria de la filosofía* o *La ideología alemana*, alienación y trabajo han sido dos términos siempre presentes en el Marx preocupado por la dignidad del hombre; por alcanzar (es un problema a discutir) aquello que con una retórica, en mi opinión, por lo menos poco feliz formuló como proyecto de que el hombre pase de la prehistoria explotada a la historia verdaderamente humana. Y digo “a discutir” pues supone que la historia del hombre, ese ser en esencia social, ése cuya ontología no remite a algo abstracto inherente a los individuos sino al conjunto de sus relaciones sociales, no es también (*más allá de nuestro deseo de cómo lo humano debiera ser*) la de su condición de explotado y enajenado de acuerdo a las relaciones sociales de cada época desde el advenimiento de *Homo sapiens sapiens*, hasta el hoy bautizable *Homo sapiens informaticus*, *Homo* de cerebro ampliado en su exterioridad binaria. Entonces, si hay quienes mentando una supuesta desaparición del trabajo humano como organizador social descalifican el problema de la alienación, legitimar su vigencia deviene una faz del debate.

Por otro lado, éste tomó auge hacia la década del sesenta a partir de dos cuestiones: primero, las formas que Lukacs llamó "cosificadas" de relación social en el capitalismo avanzado y, segundo, la comprobación del carácter profundamente alienado del trabajo *también* en los países autotitulados

comunistas en Europa del este y Asia donde el estalinismo enterró los ideales emancipatorios socialistas hasta profundidades todavía hoy difíciles de mensurar. No sólo los enterró sino que además produjo procesos de alienación colosales. La acumulación capitalista forzada, que en una sociedad agraria, tradicional y plagada de ideales de la *gran rusia* zarista fue llevada adelante, se vistió de jerga marxista. Pasar del “padrecito” Zar al “padrecito” Stalin (modos diversos en los que lo alienado se juega) enterró los sueños emancipatorios de quienes hicieron la revolución Rusa sin haber imaginado jamás que terminarían asesinados tras juicios fraudulentos ¡acusados de ser agentes extranjeros! o en manos de la picota de Mercaderes ante el júbilo alienado de honestos luchadores y de los intelectuales más prestigiosos y comprometidos del planeta. Hago esta referencia histórica no para menoscabar a esos luchadores sino para poner en toda su tensión el problema, de acentuar cuánto nos involucra hoy, no en pos de una memoria de museo sino de una memoria viva que compromete el porvenir.

Por otro lado, alienación implica dos ejes. El sociológico y otro psicológico, en tanto el concepto tiene un lugar central en el campo de la salud mental y en el más amplio de la constitución subjetiva. Estos dos ejes me llevarán a poner en diálogo (con las dificultades que implica) el pensamiento de Marx con aquel a quien considero creador de una de las teorías de la subjetividad más ricas y productivas del siglo xx: S. Freud. Diálogo que ha sido siempre espinoso, complejo y que exige sostener contradicciones muchas veces insalvables.

Es con este afán que vale la pena recordar la conocida carta de Engels a Bloch de 1890: “Según la concepción materialista de la historia, el elemento determinante de la historia, es *en último término* (las cursivas son de Engels) la producción y la reproducción en la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca otra cosa que esto; por consiguiente, si alguien lo tergiversa transformándolo en la afirmación de que el elemento económico es *el único* (de nuevo E.), lo transforma en una frase sin sentido, abstracta y burda. La situación económica es la base, pero en el curso del desarrollo histórico de la lucha ejercen influencia también y en muchos casos prevalecen en la determinación de su *forma* (E.), diversos elementos de la superestructura: formas políticas de la lucha de clases y sus resultados (...), las formas jurídicas, e incluso el reflejo de todas esas batallas en el cerebro de quienes participaron en ellas, las teorías políticas, jurídicas y filosóficas, las convicciones religiosas y su posterior evolución. Hay una interacción de todos esos elementos, dentro de la inmensa multitud de *accidentes* (las cursivas son mías), el movimiento económico termina por hacerse valer como necesario. (...) Pero, en primer lugar, nosotros hacemos nuestra historia con premisas y condiciones muy determinadas. Entre éstas, las económicas son en definitiva las decisivas. (...) Pero en segundo lugar, la historia se hace ella misma de tal modo que el resultado proviene siempre del conflicto entre gran número de voluntades individuales, cada una de las cuales está hecha a su vez por un cúmulo de condiciones de existencia. Hay pues (...) una serie infinita de paralelogramos de fuerzas que dan como resultante el hecho histórico. A su vez, éste puede considerarse como producto de una fuerza que tomada en su conjunto, trabaja inconsciente e involuntariamente. Pues el deseo de cada individuo es obstaculizado por el de otro, de lo que resulta algo que nadie quería. (...) Marx y yo tenemos en parte la culpa de que los jóvenes escritores atribuyan a veces al aspecto económico mayor importancia que la debida. Tuvimos que subrayar este principio fundamental frente a nuestros adversarios, quienes lo negaban, y no siempre tuvimos tiempo, lugar ni oportunidad de hacer justicia a los demás elementos presentes en la interacción”

Sé de lo extenso de la cita pero hay tantos malentendidos sobre esta cuestión que resulta ineludible si buscamos algún diálogo entre las ideas de Marx y las psicoanalíticas. Es condición que de inicio se rechace cualquier visión economicista o determinista vulgar en Marx que ignore lo azaroso (accidental) o se desentienda de los conflictos humanos. De hecho, que rescate el concepto de alienación es ya un claro mentís a esta cuestión. Por otro lado, para no crear ninguna ilusión "freudomarxista" de armonía cinérgica, resulta necesario precisar que las perspectivas psicoanalíticas y las de Marx sobre el tema se encuentran en las antípodas de un mismo cono

conceptual. Llamo así a ese territorio semántico proteiforme donde conviven visiones diversas frente a un similar (no idéntico) campo de fenómenos.

Tratemos de ser claros. Primero, la alienación tiene un lugar ganado en el campo psiquiátrico y/o psicológico para referirse a aquellas patologías donde habría una pérdida absoluta de la autonomía. Allí se destacan los muy refinados y consistentes estudios que en el psicoanálisis se han hecho, algunos aplicables a los “Juicios de Moscú” antes mencionados. Más allá de la heterogeneidad de estas perspectivas, el uso descriptivo general es claro, aun considerando las dificultades y precisiones a las que obliga. Pero, por otro lado, hay un abismo entre el uso psicopatológico y el modo en que Marx lo estudió, en un principio influenciado por Hegel, como un estado del hombre que, explotado por el capital, vive imposibilitado de apropiarse de su ser, de aquello que produce, de sus relaciones con sus semejantes y en especial de aquello que llamó, usando terminología de la época, el ser genérico. (Es decir, según García Barceló: el hombre remontándose por encima de su individualidad subjetiva, que reconoce en sí lo universal objetivo y que se supera como ser finito. El hombre privado de la posibilidad de, en tanto individuo, ser el representante del Hombre¹). En ese cono conceptual la noción de Marx de alienación y los desarrollos que se han hecho desde el psicoanálisis los localiza en bordes opuestos del cono. Es que Marx parte de un hombre teórico e ideal (en este sentido, *contrario a su propia definición en su tesis XI sobre Feuerbach*) Un hombre que liberado del yugo del trabajo explotado adquirirá todas las inmensas posibilidades que se le suponen soterradas por la miseria y el trabajo esclavo o pseudoindependiente que el trabajo asalariado le impone. La perspectiva de Marx aspira a un *hombre desalienado*, un hombre, finalmente, histórico. Allí donde Hegel veía el fin de la historia Marx vio su comienzo. El comienzo de un *hombre esencialmente acorde con los mejores deseos de nuestras mejores éticas*. Por otro lado, la perspectiva introducida por Freud se encuentra en las antípodas: “Los comunistas creen haber hallado el camino para la redención del mal. El ser humano es íntegramente bueno... pero la institución de la propiedad privada ha corrompido su naturaleza. No es de mi incumbencia la crítica económica al sistema comunista... pero puedo discernir su premisa psicológica como una vana ilusión” afirma en *El malestar en la cultura*. Y la historia del siglo xx y lo que el alba del xxi nos anticipa parecen justificar su escepticismo. Desde allí Marx y Freud parecen situarse en extremos opuestos sin convergencias posibles. Sin embargo, trataré de indicar puntos de tangencia dentro del cono a sabiendas que las tensiones que ambas perspectivas soportan, entre ellas y consigo mismas, pueden ser útiles para pensar la subjetividad.

Tanto Marcuse como Fromm, en especial en *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea* hicieron interesantes aportes descriptivos psicológicos al problema de la alienación. Esto es así aun cuando muchos sean los reparos que tanto desde el psicoanálisis como del marxismo se les pueden formular, además de los que a su vez ambos autores se hicieron entre sí. Pero el humanismo de Fromm es distinto al de Freud. Si algo ha fundado el psicoanálisis es una visión del hombre muy particular: un hombre atravesado por un malestar fundante sostenido en el carácter escindido (consciente-inconsciente) de su mente y su existencia. Malestar no atribuible a una causalidad lineal exterior a sí mismo como formuló el culturalismo, pero impensable sin esa relación con el mundo en la cual y de la cual el hombre vive y se construye. Un hombre donde, según su teorización, su desamparo biológico inicial, ese desamparo originario que como humano porta en tanto su biología se instituye en su relación social (que será siempre sexual en sentido ampliado), carente de los *patterns* prefijados del instinto de las otras especies animales, esa biología cuya peculiaridad es que su realidad se termina de producir en lo social, hace de la relación de los individuos y los semejantes una matriz de infinitas consecuencias. Un hombre que hizo decir a Freud en *Psicología de las masas*: “Toda psicología individual es en última instancia psicología social”. En lugar del hombre concebido como el Buen Salvaje de Rousseau (perspectiva a veces también de Marx) o el Hombre antisocial (ávido de ganancia, seguridad y reputación) de Hobbes, Freud instituye la idea de *Hombre preso de un desvalimiento fundacional*. Así lo esboza desde el vamos: "El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar adelante la acción específica. Esta sobreviene mediante

auxilio ajeno: por la descarga sobre el camino de la alteración interior (por ej. el berreo de un niño) un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra así la función secundaria, importante en extremo, del entendimiento (o comunicación) y el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los motivos morales", dice en su *Proyecto de una psicología para neurólogos*. Al mismo tiempo, en su perspectiva, que no es la de un estudioso del psiquismo humano aunque haya hecho reflexiones aisladas dignas de su genio, algo de ello intuye Marx cuando dice "...con el hombre ocurre lo mismo que con la mercancía. Como no llega al mundo con un espejo, ni filosofa acerca de éste al estilo de Fichte, según quien el Yo nada necesita para afirmarse, al principio se mira y se reconoce sólo en otro hombre. Por lo tanto este otro, con su piel y su cabello, le parece la forma fenoménica del género hombre" (*El Capital*, T.1. p.70, nota 20ⁱⁱ) Corrientes enteras del psicoanálisis suscribirían esta afirmación. La constitución humana en el Otro está en el centro de las preocupaciones de Freud o de Marx, el problema es cómo caracterizar "eso Otro". Para Freud el Otro (ni él ni Marx usan este término) remite al semejante de los cuidados y de las implantaciones pulsionantes entendidas como relaciones, para Marx a las relaciones sociales de producción que sostenidas en la división exorbitada del trabajo y la propiedad desigual (los capitalistas, de los medios de producción, los trabajadores, de su fuerza de trabajo) alienan al hombre de la naturaleza, de su producto, de sus relaciones con los semejantes y de su propio carácter de ser genérico. Desde el psicoanálisis, aunque Freud jamás lo haya dicho así, es posible definir una alienación fundante, constitutiva de la mente humana, sin la cual el sujeto no adviene pero que si en ella se perpetúa, tampoco. Lo plantearé como *una alienación vivificante* en tanto da vida, pulsa la mente desde otro que en sus actos conservativo-amorosos se ubica como objeto de identificación e introduce un universo enigmático y vital. Situación de alienación vivificante que suele recrearse de modo transitorio a lo largo de la vida.

En Marx, por el contrario, la alienación es pensada a lo largo de su obra, pero siempre en su dimensión mortificante. Desde esas perspectivas disímiles, resulta entonces útil diferenciar entre una *alienación vivificante* y otra *mortificante*, que mantienen una mutua tensión, con espacios intermedios mestizos.

Nuestros amigos del bar pueden servirnos de guía. Uno denuncia en el otro la alienación más clásica: la superexplotación del trabajo que expropia al trabajador de su bien mercantil (la fuerza propia de trabajo que él tiene para aportar al mercado de cambio) Sin embargo, a esta alienación se le suma otra: él es, vía el mecanismo psicológico llamado "identificación", la empresa que lo hace trabajar quince horas, incluso sábados y domingos. Desde el punto de vista subjetivo no hay sentimiento de mortificación, hay júbilo (Fromm lo llamó *forma enajenada del placer*). Si hablando en primera persona del plural (como si fuera la empresa) realiza su alienación (él es la empresa aunque no sea así) esto le brinda una vivencia de bienestar paradójico en las condiciones de máxima explotación. Como un modo de cercar esa paradoja preferimos llamarla *alienación pseudovivificante*. Los efectos de esa alienación pseudovivificante se comprueban hoy entre los que trabajamos en clínica, en variadas patologías, las que Fromm ya detectara en 1954 en EEUU y que ahora se generalizan por el mundo entero más o menos industrializado con sus secuelas de "nuevas patologías" y sus síntomas clásicos de abulia, aburrimiento, pérdida de perspectiva vital, violencia y adicciones. Patologías "globalizadas" inseparables de las condiciones sociales en que los hombres habitan y se constituyen en el mundo de la gran concentración.

Por otro lado, los otros dos participantes de la charla muestran su propia perspectiva alienada. El primero, al tratar a su amigo de alienado, pero limitándose al monto de su salario: para él las ocho horas de labor ya no son una meta, el capitalismo ha barrido con esa bandera histórica justo cuando la reducción de las horas de trabajo podría ser enorme; para él un salario más alto justifica la explotación. En sintonía con su otro amigo que nos recuerda la diabólica consigna de la época (¡Por favor, explótenme!) él acepta convertirse en cosa (pura fuerza de trabajo) sólo que por un "buen" salario (también hecho meta en sí misma). Trabajo y salario se convierten en fetiche, claro que impuesto por las condiciones del chantaje que la superexplotación impone a la subsistencia. Son

sólo mercancías en el interior de la circulación de valores de cambio. Allí la alienación es plenamente mortificante; hasta ideales, proyectos y deseos se convierten en mercancía en subjetividades que no la padecen. Aún así, es bueno recordarlo, a veces, luchar por obtener un trabajo aunque alienado por los modos de apropiación reinantes, resulta una opción de autonomía *antialienante* en el interior del trabajo alienado. La complejidad del problema exige destacar estas paradojas.

La alienación pseudovivificante del primero es hoy promovida desde las modalidades toyotistas de trabajo en las cuales los sistemas jerárquicos verticales son reemplazados en algunos sectores productivos por los de control horizontal (equipos de trabajo estilo *kaizen* que con la ilusión de una mayor participación en el conjunto del proceso, hacen que los miembros se controlen entre síⁱⁱⁱ). Por supuesto, los modos fordistas tayloristas siguen vigentes en enormes ramas de la industria y sobre todo en el trabajo semiesclavo del llamado Tercer Mundo, sin embargo, lo anterior es menos abordado. Con la ilusión de autonomía del trabajo tercerizado, mucho trabajo por cierto asalariado se disimula, promoviendo la ilusión en esos trabajadores de ser dueños de su producto. Esto se constata a diario, por ejemplo, en las condiciones de la medicina gerenciada, donde trabajadores de la salud investidos del prestigio del "médico" conservan una ilusión de autonomía que en verdad no tienen pero que basta y sobra para impedir cualquier unión detrás de reivindicaciones que tendrían que ser también las de los pacientes que padecen a diario las decisiones criminales de contadores que "ignoran" su práctica criminal.

Es que el carácter mortificante de la alienación que el capital provoca no sólo involucra a los trabajadores manuales (el tradicional proletariado), sino, cada día más, a una masa de trabajadores intelectuales que vuelcan su fuerza de trabajo intelectual en la creación de artificiosos valores de uso (industria del marketing, del packaging, de las RRPP, de las consultorías) que favorecen la circulación de los valores de cambio que el capital necesita para reproducirse. Destacar sólo como proletariado al industrial produce falsas antinomias entre quienes, aun con mutuo recelo, forman parte de la misma masa explotada.

En este punto, es bueno resaltar que la dimensión mortificante no sólo la viven los explotados (trabajadores o desocupados, por igual partes de la lógica del trabajo), sino todos los partícipes del sistema. Si Marx decía "...si el proletario es una máquina de producir plusvalía, el capitalista es una máquina de capitalizarla" (Marx, *El Capital*, t. 1, p.569), hoy ya no es sólo una máquina sino una red binaria de información donde la alienación no se expresa sólo en su cualidad maquinaica sino en su *inexorable lógica autodestructiva*. Como analizó Marx: "La producción capitalista sólo desarrolla la técnica y la combinación del trabajo social al mismo tiempo que agota las dos fuentes de las cuales brota toda riqueza: la tierra y el trabajador" dice en *El Capital*, T.1, p.483, anticipándose 130 años a los desvelos de los ambientalistas de hoy y al clima de catástrofe que nos domina. El capital no sólo destruye material y psíquicamente al hombre, no sólo destruye sus referentes simbólicos pretendiendo (por ejemplo) que el trabajo social es prescindible en una sociedad humana, sino, más radicalmente, la tierra en la que vive; y ninguno de sus actores advierte la envergadura del desastre. Vía el mecanismo psicológico llamado "desmentida", los capitalistas, sus administradores y mercenarios ignoran que su acción explotadora es además de criminal, *suicida*, y arrastrados por la lógica de lucro que mueve al capital como definitivo estímulo ético (encarnado en las subjetividades como ambición de dinero como ideal) y posibilitados por la fragmentación del pensamiento que tantas veces se hace pasar por diversidad, ignoran los pronósticos que sobre las consecuencias de sus actos se realizan. Hoy, el capital que torna mercancía todo lo que circula por la faz de la tierra, ha hecho del hombre y la tierra una cosa, como tal, reducible a puro desecho.

Por último, ¿hallo algún punto específico sino de articulación, al menos de tangencia, entre ese psicoanálisis que ve al hombre en colisión con la cultura y el Marx que vaticina que de no mediar una modificación completa de las condiciones de apropiación de la riqueza social la humanidad

avanza hacia su autoaniquilación? Quizás ayude pensar que si el análisis de la alienación que hace Marx gira alrededor del concepto de trabajo, en el psicoanálisis la noción de trabajo tiene su lugar central en la construcción mental. Trabajo del sueño, trabajo psíquico son conceptos en los que se juega la posibilidad creativa de la mente humana. Trabajo en psicoanálisis no remite a satisfacción de necesidades sino a la capacidad (originariamente lúdica y de allí placentera) de transformar los objetos del mundo y, en este sentido, al hombre mismo. Desde esta perspectiva la construcción de espacios creativos de diversa índole que rescaten al ser genérico tiene una función sino *desalienante*, sí, como antes dije, *antialienante*. El usual antagonismo alienación vs. desalienación debería, a mi entender, ser reformulado en términos de *alienación vs. praxis antialienante*. Es que si la idea del hombre en armonía con su supuesta libertad esencial es un sueño idealista de la Ilustración, pensar en términos de praxis antialienantes puede permitir abordar las dimensiones heterogéneas y contradictorias de la alienación vivificante, en tanto fenómeno estructural de la construcción mental humana, enfrentada a la mortífera que el capital produce. Ubicamos en ese espacio creativo la infinidad de modos que los movimientos sociales construyen, incluso cuando no se plantean como alternativas radicales al dominio suicida y alienante del capital; praxis antialienante también infisionada por la lógica alienante mortífera, pero aún así apta para expresar y construir modalidades - siempre contradictorias - de lucha contra esa alienación. A mi entender entonces, más allá de la infinidad de particularidades, el problema urgente que hoy la cuestión de la alienación nos plantea remite a la cuestión del ser genérico. En esa pérdida de una escala trascendente que destruye los lazos sociales como vínculos humanos constituyentes de la especie, que condena a una esclavización autoconservativa con pérdida absoluta de densidad simbólica, que erige al mercado como idolátrico fetiche y que hace que el futuro como apuesta reproductiva se dirima en el vértigo de la Bolsa, la alienación mortificante nunca antes como ahora ha adquirido tal nivel mortífero. Tanto como para poder destruir el planeta fagocitado por la voracidad lógica que el capital le impone a todos sus actores, obnubilados por igual en las múltiples caras (cruelles, bobas, inocentes, soberbias, desesperadas o canallas) que la alienación realiza a cada instante.

- ⁱ C. Marx, *Manuscritos de 1844*, comentario de García Barceló, en nota 9, p. 105, Ed. Polémica, Bs As, 1972.
- ⁱⁱ Las citas de *El Capital* remiten a Marx, Engels, *Obras Escogidas*, Editorial Ciencias del Hombre, Bs As, 1973
- ⁱⁱⁱ Ver, R. Antunes, *Los sentidos del trabajo*, Herramienta, 2005, Bs.As.